

RELEGADOS

POCO DESPUÉS de su viaje nupcial y hasta 1859, Maximiliano y Carlota residen en Milán. Se ha nombrado al Archiduque gobernador de la Lombardía, un pequeño reino entonces dependiente de Austria.

Después, viene un descenso. Los patriotas italianos se sublevan y Austria es arrojada de Lombardía, a lo que no es ajeno Napoleón III. Se ve así privado el príncipe austriaco de su mando y es entonces cuando piensa en un refugio, construyendo Miramar.

El no sufre por aquella degradación. Es más: se siente liberado y concibe la erección de aquel bellissimo castillo en los acantilados del Adriático en Trieste. Allí plantará jardines, tendrá libros, estatuas, cuadros. Se rodeará de lujos y comodidades. Su habitación y su estudio serán de ensueño, con vistas por entre flores y enredaderas, hacia el mar. ¡Un paraíso de paz y de belleza!

Allí, en Miramar, lo descubrirá Napoleón III como el príncipe que más condiciones reúne para servir a sus planes. Y allí también lo encontrarán los emisarios mexicanos que van a ofrecerle un trono. Dentro de la vasta biblioteca inundada de sol y olorosa a sales marinas, aprenderá el español junto con Carlota que en 1863 ya respira triunfante al saberse futura Emperatriz!

Y en las mesas de su estudio se amontonarán los textos de la historia mexicana que por más turbulenta que aparezca a sus ojos, nunca podrá medir desde la distancia en toda su punzante realidad.

También allí leerá por primera vez el nombre de Juárez, verá su rostro cuadrado de bronce y sus ojos pequeños de fulgurante negrura. Un indio adusto, inmutable, un abogado de humildísimo origen que fue pastor de ovejas de niño y aprendió a leer a los doce años, llegando hasta a gobernar su Estado de Oaxaca. Es el Presidente de una República que a él le han pedido reemplazar con un Imperio; y que, según los emisarios mexicanos, ya no existe pues en la capital de México, ya funge como gobierno una Regencia, mientras llega el Emperador.

Mira la imagen de Juárez con curiosidad y extrañeza, pero aquel indio no le es antipático ni repugnante, a pesar de que lo considera su más importante enemigo. Con su bondad innata, con su trágica ignorancia de la humanidad, ya sueña con atraerlo a su lado, con unirse a él en una imposible concordia que fusione la monarquía y la república. Desde la fragata *Novara* que lo llevará junto a Carlota a Veracruz en abril de 1864, ha de escribirle una carta invitándolo, ¡oh iluso! a una conciliación para bien de México. Durante los tres azarosos años del Imperio, tratará en todas las formas de conquistar al intransigente zapoteca; lo invitará que venga al Palacio Imperial, tal vez pensando en la posibilidad de que acepte algún alto nombramiento. Lo admirará públicamente y se mostrará casi tan liberal como el señero patriota mexicano cuando, lejos de abolir las Leyes de Reforma y restituir los fueros y los bienes al Clero, apoya la separación de la Iglesia y del Estado. Su sentido de apreciación falla como en todos sus actos de gobierno. No sabe hasta qué punto su pro-